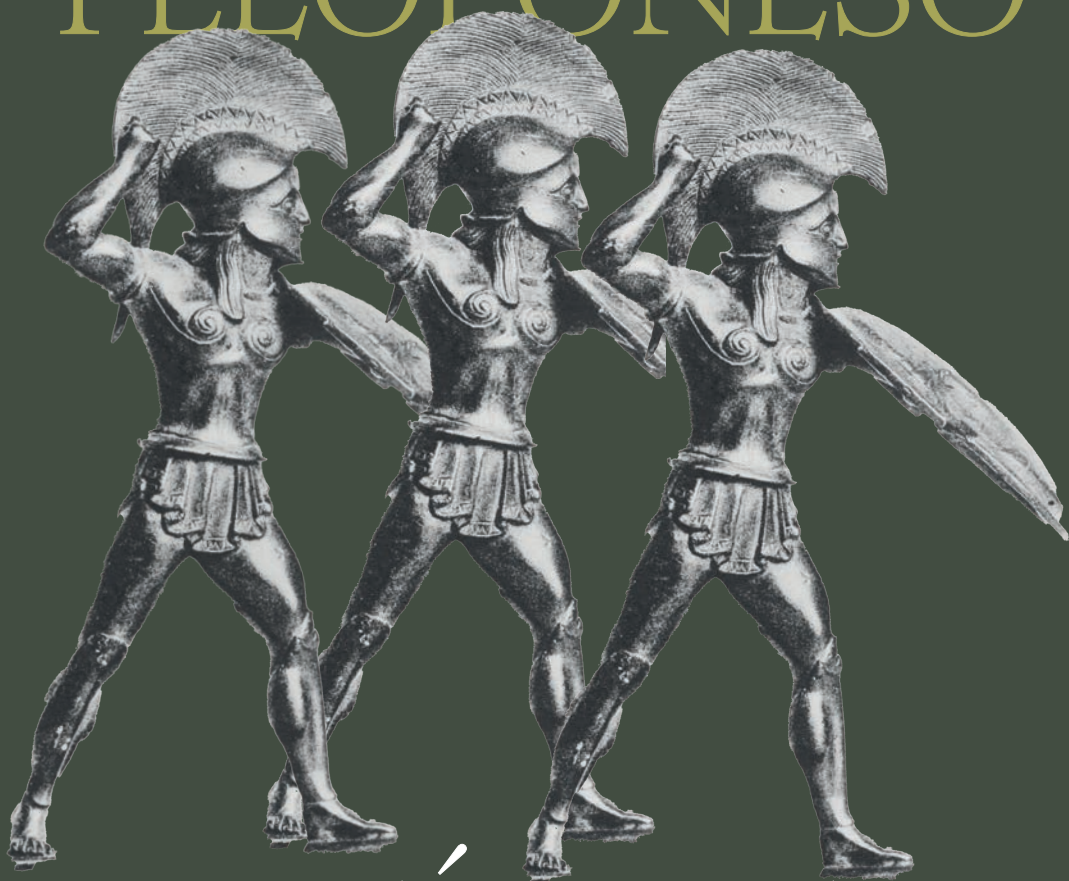


HISTORIA
DE LA GUERRA
DEL PELOPONESO



TUCÍDIDES

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS

CRÍTICA

Tucídides

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

Traducción castellana de
Francisco Rodríguez Adrados

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2013
Primera edición en esta nueva presentación: abril de 2025

Historia de la guerra del Peloponeso
Tucídides

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Ιστορία του Πελοποννησιακού Πολέμου*

© de la introducción y traducción, herederos de Francisco Rodríguez Adrados, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-743-6
Depósito legal: B. 5.365-2025
Impresión y encuadernación: Arteos Digital
Printed in Spain - Impreso en España



LIBRO I

1. Tucídides el ateniense relató la guerra entre los peloponesios y los atenienses describiendo cómo lucharon unos contra otros, y se puso a ello apenas fue declarada por considerar que iba a ser grande y más famosa que todas las anteriores; se fundaba en que ambos bandos estaban en muy buena situación para ella gracias a sus preparativos de todas clases, y en que veía que el resto de los griegos se aliaba a uno u otro partido, unos inmediatamente y otros retrasando el momento. Pues fue éste, efectivamente, el mayor desastre que haya sobrevenido a los griegos y a una parte de los bárbaros, y, por así decirlo, a la mayoría de los hombres. Los sucesos anteriores a éstos, y los aún más antiguos, me resultó imposible, en verdad, conocerlos exactamente debido al largo tiempo transcurrido; pero a juzgar por los indicios en que tengo confianza cuando miro lo más lejos posible, no creo que fueran de importancia ni en cuanto a las guerras ni en cuanto a lo demás.

2. Porque es evidente que la que ahora se llama Grecia no está habitada de modo estable hace mucho tiempo, sino que antes ha habido emigraciones, y todos los pueblos abandonaban con facilidad su territorio ante la invasión de gentes cada vez más numerosas. Como no había comercio y no tenían relaciones libremente unos con otros ni por tierra ni por mar, y, por otra parte, cada pueblo cultivaba su tierra sólo en la medida indispensable para vivir de ello, y no tenía sobra de recursos ni plantaba vides y olivos (ya que no se sabía cuándo vendría otro a quitarles lo suyo, y más que no tenían murallas), y, por último, como estimaban que en cualquier parte conseguirían la comida diaria indispensable, emigraban sin dificultad, y debido a ello no eran poderosos ni por el tamaño de sus ciudades ni por sus recursos en general. Y precisamente la tierra mejor sufrió conti-

nuamente cambios de habitantes, a saber: la que ahora se llama Tesalia y Beocia, la mayor parte del Peloponeso, excepto Arcadia, y de la restante, las regiones mejores; pues a causa de la bondad de la tierra el poder de algunos se hacía mayor, y ocasionaba luchas internas por las cuales eran destrozados los pueblos, y al tiempo quedaban más expuestos a los ataques de las tribus extrañas. El Ática al menos, que permanecía sin discordias desde muy antiguo por la pobreza de su suelo, la habitaron siempre los mismos hombres. Y he aquí una prueba decisiva de mi opinión de que las otras regiones no crecieron tanto a causa de las migraciones: los hombres más poderosos de aquellos que eran expulsados del resto de Grecia por la guerra o los disturbios civiles se refugiaban junto a los atenienses, por considerarlos firmemente establecidos, y haciéndose ciudadanos, ya desde antiguo hicieron aumentar la población de la ciudad, hasta el punto de que los atenienses enviaron más tarde colonias a Jonia pensando que el Ática no era suficiente para ellos.

3. Es para mí otra prueba importante de la debilidad de los antiguos, lo que sigue: antes de la guerra de Troya, es claro que Grecia no hizo nada en común; y me parece que ni siquiera recibía ella entera ese nombre,¹ sino que antes de Helen, el hijo de Deucalión, no existía en absoluto, y asimismo, que los griegos recibían el nombre de los diferentes pueblos en que estaban divididos (el más extenso, el Pelásgico); mientras que cuando Helen y sus hijos se hicieron poderosos en la Ftiótide y los demás los llamaban a las otras ciudades en su auxilio, comenzaron todos a llamarse griegos² debido a estas relaciones; pero, sin embargo, no pudo este nombre imponerse en mucho tiempo en todas partes. Es Homero sobre todo quien lo prueba, pues aunque vivió mucho después de la guerra de Troya, en ninguna parte denominó así a la totalidad ni a ningunos otros que a los ftiotas de Aquiles, que fueron los primeros «helenos», sino que los llama en sus epopeyas dánaos, argivos y aqueos. Ni siquiera dijo «bárbaros», ya que los griegos, a mi parecer, aún no estaban diferenciados en un solo nombre opuesto a aquél. Así pues, aquellos griegos desunidos, esto es, los repartidos en ciudades y que comprendían los unos el lenguaje de los otros, que más tarde fueron así llamados todos juntos, no hicieron nada en común antes de la guerra de Troya debido a su debilidad y falta de relaciones entre sí. Y esta expedición la hicieron juntos porque ya eran más navegantes.

1. El de Hélade (Ελλάς).

2. Helenos.

4. Minos fue el más antiguo de los que conservamos recuerdo que se hizo con una escuadra y, dominando la mayor parte del mar de Grecia, ejerció su poder en las Cícladas y fue el primer colonizador de las más de ellas, expulsando a los canos y estableciendo como jefes a sus propios hijos. Y, como es lógico, limpió el mar de piratas en la medida que pudo para que le llegaran mejor los tributos.

5. La explicación está en que antiguamente los griegos y los bárbaros del litoral y las islas, una vez que empezaron a relacionarse por mar unos con otros, se dedicaron a la piratería bajo el mando de los hombres más poderosos, que buscaban su propio provecho y medios de vida para los más débiles: y cayendo sobre comunidades que carecían de murallas y vivían distribuidas en aldeas, las saqueaban y sacaban de allí los más de sus recursos, pues esta manera de proceder no producía aún vergüenza, sino que más bien procuraba un poca de gloria; esto se puede ver todavía hoy por algunas gentes del continente, que se glorían de hacerlo bien, así como por los poetas antiguos, que preguntan siempre de igual modo a los navegantes que llegan a tierra si son piratas, con lo que se supone que ni aquellos a quien se pregunta niegan la profesión, ni los que quieren enterarse la reprueban. También por tierra hacían rapiñas unos contra otros. Hasta hoy día, en una gran parte de Grecia se vive a la manera antigua, a saber: entre los locrios ozolos, los etolios, acarnanios y aquella parte del continente. Y a estos continentales les ha quedado como señal de aquella antigua vida de rapiña, el llevar armas continuamente.

6. De igual forma, todos los griegos llevaban armas a causa de que vivían en lugares sin protección y de que los viajes de unas comunidades a otras no eran seguros, y se acostumbraron a la vida con armas como los bárbaros. Estas partes de Grecia que viven todavía así son una prueba de costumbres semejantes de antaño que se extendían a todos. Entre aquellos griegos primitivos, fueron los atenienses los primeros que dejaron las armas y llegaron a una mayor suavidad de costumbres y un género de vida más muelle. E incluso no hace mucho tiempo que los más viejos entre los ricos de Atenas dejaron de usar, como muestra de este refinamiento, quitones de lino y de llevar un bucle de pelo de la cabeza levantado con sujetadores de oro de forma de cigarras; por lo mismo también a los ancianos jonios, a causa del parentesco, les duró mucho tiempo este atavío. Los lacedemonios fueron los primeros que usaron vestidos sencillos y de la moda actual, y fue entre ellos donde los ricos primero adoptaron en todo lo demás un género de vida casi igual al de la multitud. Fueron también los primeros en practicar ejercicios físicos y en frotarse con grasa al tiempo de la

gimnasia, desnudándose en público. Antiguamente, en cambio, los atletas luchaban incluso en los juegos olímpicos con taparrabos, y no han pasado muchos años desde que dejaron de hacerlo; y aún hay algunos bárbaros, sobre todo asiáticos, entre los cuales hay competiciones de pugilato y lucha y lo hacen con taparrabos. Se podría mostrar que los antiguos griegos tenían otras muchas costumbres semejantes a las de los actuales bárbaros.

7. Por otra parte, las ciudades que fueron fundadas recientemente, y, por ser mejores ya las circunstancias de la navegación, tuvieron mayor abundancia de dinero, eran construidas en la misma costa, y cerraban los istmos con murallas con el fin de facilitar el comercio y de tener protección contra los vecinos; mientras que las antiguas, tanto las continentales como las insulares, fueron fundadas más bien lejos del mar a causa de la piratería, que duró mucho tiempo (pues se robaban no sólo los unos a los otros, sino también a los que, no siendo marinos, vivían en la costa), y hasta hoy día están construidas en el interior.

8. Y no eran menos piratas los isleños, que eran carios y fenicios, pueblos que colonizaron las más de las islas. Una prueba de ello: cuando durante la guerra del Peloponeso Delos fue purificada por los atenienses³ y fueron abiertas las tumbas de los muertos que había enterrados en la isla, más de la mitad resultaron ser carios, reconocidos por el tipo de armas enterradas con ellos y por la manera que aún tienen de enterrar. Mas cuando fue creada la escuadra de Minos, hubo más facilidad de navegar de una ciudad a otra (pues los malhechores de las islas fueron expulsados por él cuando colonizó la mayoría de ellas), y los que habitaban junto al mar, al adquirir más riquezas, comenzaron a vivir con más seguridad e incluso algunos construyeron murallas, como gentes que se hacían más ricas de lo que eran antes; pues por el deseo de ganancias los menos fuertes toleraban el imperio de los que lo eran más, y los más poderosos, sobrados de recursos, convertían en vasallas las ciudades más pequeñas. Posteriormente, hallándose ya los griegos en estas circunstancias, hicieron la expedición contra Troya.

9. Yo creo que Agamenón organizó la expedición porque era más poderoso que sus contemporáneos y no porque los pretendientes de Helena, a cuyo frente fue, estuvieran obligados por el juramento prestado a Tindareo.⁴ Dicen también aquellos de los peloponesos que han recogido por

3. 426 a. C., cf. III, 104.

4. Padre de Helena, que hizo jurar a los pretendientes de ésta (caudillos luego en la guerra contra Troya) que defenderían siempre al elegido.

tradición de sus antepasados recuerdos más precisos, que primero Pélope, creándose un gran poder debido a las muchas riquezas que trajo de Asia al venir a un pueblo pobre, dio su nombre al país a pesar de que era extranjero; y que después sus descendientes reunieron aún mayores dominios. Pues Euristeo murió en el Ática a manos de los Heráclidas, y al ser Atreo hermano de su madre y haberle confiado aquél, cuando partió con la expedición, el mando de Micenas y de su imperio a causa del parentesco (Atreo estaba desterrado por su padre por la muerte de Crisipo), dicen que cuando Euristeo no regresó tomó Atreo el poder real, dado que así lo deseaban los de Micenas por miedo a los Heráclidas, y que además se consideraba que Atreo tenía capacidad para ello y se había conciliado al pueblo de Micenas y al de cuantos territorios gobernaba Euristeo; y los pelópidas se hicieron más poderosos que los perseidas.⁵ Yo creo que Agamenón, que recibió esta herencia, y que además era más fuerte que los demás en cuanto a la marina, pudo reunir la expedición y la llevó a término, no tanto por complacencia de los participantes como por miedo. Pues es claro que él mismo llegó con el mayor número de naves y que además prestó algunas a los arcadios, como lo cuenta Hornero, si es esto prueba suficiente. Y, además, en el pasaje de la herencia del cetro dice de él que «es señor de muchas islas y de todo Argos»; y no habría podido dominar otras islas que las vecinas (que no serían muchas), siendo de tierra firme, si no hubiera tenido una escuadra. Por esta misma expedición se debe conjeturar cuáles eran las circunstancias del tiempo anterior a ella.

10. Por otra parte, no tendría uno un buen indicio para desconfiar de que la expedición no fue tan grande como dicen los poetas y mantiene la fama, si se basara en que Micenas era pequeña o en que tal ciudad de las de entonces ahora parece de poca importancia; pues si se despoblara la ciudad de los lacedemonios y quedaran los templos y las plantas de las construcciones, me imagino que andando el tiempo los venideros dudarían mucho de su fuerza comparándola con su fama —y, sin embargo, habitan las dos quintas partes del Peloponeso y tienen la hegemonía de todo él y de muchos aliados de fuera; pero como la ciudad no está construida formando unidad, ni tiene templos ni edificios lujosos, sino que está constituida por aldeas a la manera antigua de Grecia, aparecería inferior—; mientras que si les pasara esto mismo a los atenienses, los venideros conjeturarían apoyándose en el aspecto de la ciudad, que su fuerza era

5. De ellos era uno Euristeo. Crisipo era el hermanastro de Atreo, quien le mató por orden de su madre Hipodamia.

doble de la real. No es por tanto lógico desconfiar ni mirar más la apariencia de las ciudades que su fuerza, sino que hay que pensar que aquella expedición fue mayor que todas las anteriores, pero inferior a las de ahora, si también en esto hemos de creer al poema de Homero, que es natural que, como poeta, la adornara engrandeciéndola, y, sin embargo, aparece aun así inferior. Pues de las mil doscientas naves, dice que las de los beocios eran de ciento veinte hombres, y las de Filoctetes, de cincuenta, indicando, según creo, las mayores y las menores; al menos no se trata en el Catálogo de las Naves del tamaño de las otras. Que todos eran al tiempo remeros y guerreros, lo muestra al tratar de las naves de Filoctetes, pues llama arqueros a todos los remeros. Y es de suponer que no navegaran con ellos muchos pasajeros, fuera de los reyes y de los jefes principales, dado sobre todo que iban a atravesar el mar con los equipos de guerra y que no tenían navíos con puentes, sino, a la manera antigua, dispuestos más bien a lo pirata. Resulta, sacando el término medio entre las naves mayores y menores, que no fueron muchos para haber sido enviados en común por toda Grecia.

11. La causa estaba no tanto en la falta de hombres como en la carencia de dinero; pues por falta de víveres reunieron un ejército menor, con no más tropas que las que pudieran vivir del país mientras luchaban, y una vez que después de llegar vencieron en batalla (es evidente, pues si no no hubieran construido la fortificación del campamento),⁶ es claro que ni siquiera entonces utilizaron todo su poder, sino que se dedicaron al cultivo del Quersoneso y a la piratería por falta de víveres. Por lo cual precisamente los troyanos, al estar dispersos los griegos, resistieron por la fuerza los diez años del sitio, siendo suficiente enemigo para los que quedaban en cada relevo. En cambio, si los griegos hubieran llegado con abundancia de provisiones y hubieran hecho sin interrupción la guerra todos juntos sin dedicarse a la agricultura ni a la piratería, habrían tomado Troya con menos tiempo y trabajo, acampando junto a ella y cercándola. Mas, a causa de la pobreza, los acontecimientos anteriores a éstos eran de poca monta, y estos mismos, que tuvieron más renombre que los de antes, se demuestra por los hechos que fueron inferiores a la fama y a la tradición que, debido a los poetas, se ha impuesto acerca de ellos.

12. En efecto, incluso después de la guerra de Troya, Grecia sufría todavía migraciones y eran fundadas ciudades en ella, de modo que no po-

6. Se refiere a una fortificación del primer año de guerra, que no figura en la *Iliada*. Como lo que sigue, tal vez proceda de las *Ciprias*.

día quedar en calma y crecer; pues la vuelta de los griegos de Troya, al suceder después de mucho tiempo, ocasionó muchos cambios, y con frecuencia se produjeron luchas civiles en las ciudades, y siendo desterrados a consecuencia de ellas algunos, fundaban otras nuevas. Por ejemplo, los actuales beocios, a los sesenta años de la toma de Troya, fueron expulsados de Arne por los tesalios y poblaron la Beocia de hoy, que antes se llamaba tierra cadmea (ya anteriormente estaba en este país una parte de ellos, algunos de los cuales marcharon contra Troya), y los dorios se apoderaron del Peloponeso en unión de los Heráclidas a los ochenta años. Cuando tras mucho tiempo al fin Grecia entró en una paz estable y ya no sufría migraciones, envió fuera colonias, y los atenienses colonizaron Jonia y las más de las islas, mientras que los peloponesios colonizaron la mayor parte de Italia y Sicilia y algunos lugares del resto de Grecia. Todas estas colonias fueron fundadas después de la guerra de Troya.

13. Al hacerse Grecia más poderosa y adquirir aún más riquezas que antes, surgieron en general en las ciudades tiranías, pues los ingresos crecían (antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas), y Grecia comenzó a equipar escuadras y a ocuparse más del mar. Se dice que los corintios fueron los primeros que innovaron el arte naval, dejándolo muy cerca del estado actual; y que fue Corinto el primer lugar de Grecia donde se construyeron trirremes. Y también se sabe que un constructor de naves corintio, Aminocles, hizo cuatro navíos para los samios; fue unos trescientos años antes del final de la guerra del Peloponeso⁷ cuando Aminocles fue a Samos. La batalla naval más antigua que conocemos fue una de los corintios contra los corcirenses: hasta la misma fecha pasaron desde entonces doscientos sesenta años. Y es que Corinto, por estar en el Istmo, fue siempre plaza comercial, pues antiguamente los griegos, tanto los de dentro como los de fuera del Peloponeso, se comunicaban unos con otros más por tierra que por mar, a través del territorio de aquéllos, y eran poderosos por su riqueza, como lo demuestran incluso los poetas antiguos, pues calificaron al país de rico.⁸ Una vez que los griegos fueron más navegantes, se deshicieron los corintios de los piratas procurándose navíos, y convirtiendo su ciudad en un centro de tráfico terrestre y marítimo, la hicieron poderosísima gracias a sus ingresos. Los jonios poseyeron una escuadra mucho más tarde, en el tiempo de Ciro, primer

7. No se ve claro aquí, y en pasajes paralelos, si se refiere realmente al final de la guerra del Peloponeso (404) o al de la guerra arquidámica (421).

8. Cf. Hom., *Il.*, II, 570; Pínd., *Ol.*, XIII, 4.

rey de los persas, y de su hijo Cambises, y, en lucha con Ciro, tuvieron durante algún tiempo el dominio sobre el mar que los baña. Y así, Polícrates, que fue tirano de Samos en la época de Cambises, gracias al poder que tenía por su escuadra, hizo vasallas otras varias islas y tomó y consagró a Apolo Delio Renea;⁹ y los focéos fundaron Marsella¹⁰ y vencieron a los cartagineses en batalla naval.¹¹

14. Éstas eran, pues, las escuadras más poderosas. Pero éstas mismas, que existieron muchas generaciones después de la guerra de Troya, es cosa averiguada que tenían pocos trirremes y estaban formadas por pentecóntoros y demás navíos largos, como las escuadras de aquel tiempo.¹² Sin embargo, poco antes de las guerras médicas y de la muerte de Darío,¹³ que reinó sobre los persas después de Cambises, tuvieron muchos trirremes los tiranos de Sicilia y los corcirenses: éstas fueron las últimas escuadras dignas de mención que hubo en Grecia antes de la expedición de Jerjes. Pues los eginetas y atenienses y todos los demás las tenían pequeñas, y las más de ellas se componían de pentecóntoros; fue en fecha tardía cuando Temístocles persuadió a los atenienses, que estaban luchando con los eginetas, coincidiendo con que se esperaba ya la invasión bárbara, a construir las naves con que lucharon, y éstas aún no tenían puentes a través de toda la extensión del navío.

15. Tales fueron las escuadras griegas antiguas y las posteriores. Con todo, lograron poderío los que mediante ellas buscaron ingresos de dinero y el dominio sobre otros, pues en sus expediciones navales se apoderaban de las islas, sobre todo los que no tenían un territorio suficientemente extenso. En cambio nadie emprendía una guerra por tierra que pudiera ser para algunos origen de poderío, sino que todas las que tenían lugar eran las de cada ciudad con sus vecinas, y los griegos no emprendían expediciones a tierra extraña lejos del territorio propio para la conquista de otras ciudades. La explicación está en que no se habían formado alianzas en torno a las ciudades mayores, y ni siquiera éstas hacían expediciones comunes en plano de igualdad, sino que más bien los vecinos guerreaban

9. Cf. III, 104, 2.

10. Año 600 a. C.

11. En aguas de Cerdeña, cf. Heródoto, I, 166.

12. Los trirremes, como se sabe, llevaban tres filas de remeros, mientras que los barcos antiguos, sin cubiertas, sólo tenían una. Los pentecóntoros son los navíos de cincuenta remeros, «navíos largos» semejantes a los de comercio, pero más largos que ellos, como los propiamente de guerra.

13. 485 a. C.

aisladamente unos contra otros. Fue principalmente para la guerra de los calcídeos y los eretrios, que tuvo lugar hace mucho tiempo,¹⁴ cuando el resto de Grecia se dividió para aliarse con uno u otro bando.

16. Así pues, a cada pueblo le sobrevinieron diversos impedimentos para crecer, y gracias a ello Ciro, cuyo poderío iba en aumento, emprendió con las fuerzas persas una expedición contra los jonios, sometió a Creso¹⁵ y el territorio entre el río Halis y el mar, y se apoderó de las ciudades del continente; y Darío más tarde se apoderó también de las islas,¹⁶ triunfando sobre ellas gracias a la escuadra fenicia.

17. Por su parte, los tiranos que había en las ciudades griegas, mirando sólo, por su interés —tanto en lo relativo a su propia persona como al engrandecimiento de su familia—, gobernaban las ciudades exponiéndose a los menores peligros posibles, y no hicieron nada digno de mención, salvo algún hecho de guerra contra sus vecinos. Por todos estos motivos Grecia estuvo reducida durante mucho tiempo a no hacer nada brillante en común y a que sus ciudades todas carecieran de audacia emprendedora.

18. Mas después que los tiranos de Atenas y del resto de Grecia, que también había tenido este régimen durante mucho tiempo, fueron (al menos los más de ellos, los últimos que hubo, y con excepción de los de Sicilia) derrocados por los lacedemonios (pues Laconia, aunque después que la poblaron los dorios, que ahora la habitan, sufrió luchas civiles durante más tiempo que los otros lugares de que tenemos referencia, sin embargo desde muy antiguo tuvo buen gobierno y siempre estuvo libre de tiranos, pues han pasado unos cuatrocientos y pocos más años hasta el fin de la guerra del Peloponeso desde que los lacedemonios tienen el mismo régimen de gobierno, y gracias al poder que lograron por ello ordenaron a su gusto incluso los regímenes de las otras ciudades), después de la expulsión de Grecia de los tiranos, como decía, a los pocos años tuvo lugar la batalla de los medos y los atenienses en Maratón.¹⁷ Y al décimo año después de ella vinieron de nuevo a Grecia los bárbaros con la gran expedición con intención de someterla. Cuando amenazó este gran peligro, los lacedemonios se pusieron al frente de los griegos, que se coaligaron, pues su poderío era superior; y los atenienses, al avanzar los medos, decidieron abandonar la ciudad, se embarcaron recogiendo sus bienes, y así se hicie-

14. Siglo VII a. C.

15. 546 a. C.

16. 593 a. C.

17. 590 a. C.

ron marinos. Luego que rechazaron juntos a los bárbaros, no mucho después los griegos que se habían librado del rey¹⁸ y los que habían luchado juntos contra él, se dividieron en dos bandos, a favor de los atenienses y de los lacedemonios; pues éstos eran los dos Estados más poderosos, ya que los unos eran fuertes por tierra y los otros por mar. Y durante un poco de tiempo duró la alianza; pero después lacedemonios y atenienses tuvieron discordias y lucharon, ayudados por sus aliados, unos contra otros, y las ciudades del resto de Grecia que aún eran neutrales se agruparon ya junto a uno u otro de estos bandos. De modo que desde las guerras médicas hasta la del Peloponeso, ya estando en paz, ya guerreando un bando contra el otro o contra los aliados propios que hacían defección, los lacedemonios y los atenienses se prepararon perfectamente para la guerra y adquirieron más experiencia al hacer su adiestramiento en medio de peligros.

19. Los lacedemonios estaban al frente de sus aliados sin tenerlos sometidos al pago de tributo y cuidándose tan sólo de que se gobernaran por el sistema oligárquico, en forma ventajosa para ellos, mientras que los atenienses estaban al frente de los suyos después que con el tiempo se habían apoderado de las naves de las ciudades aliadas, excepto de las de Quíos y Lesbos, y habían impuesto a todas tributos. Y la fuerza militar de ellos solos fue en esta guerra mayor que la vez que más poder hubieran tenido en unión de sus aliados intactos.

20. Esto es lo que he averiguado sobre los acontecimientos del tiempo antiguo, para cuya aceptación son difíciles de hallar pruebas terminantes, pues los hombres aceptan unos de otros sin pruebas e indistintamente las tradiciones de los sucesos antiguos, aunque sean de su propio país. La mayoría de los atenienses, por ejemplo, cree que Hiparco fue muerto siendo tirano por Harmodio y Aristogitón,¹⁹ y no saben que Hipias, que era el mayor de los hijos de Pisístrato, ostentaba el mando, que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos, y que sospechando Harmodio y Aristogitón en aquel mismo día e instante que algo había sido delatado a Hipias por sus propios conjurados, le respetaron, dándole ya por enterado; pero queriendo antes de ser presos realizar una hazaña y luego ya correr el peligro que les amenazaba, mataron a Hiparco, al que encontraron junto al llamado Leocorion,²⁰ organizando la procesión Panatenaica. Otras muchas cosas de hoy día y no olvidadas por el tiempo las creen también erróneamente los

18. De Persia, como siempre en adelante.

19. 514 a. C.

20. Templo en honor de las hijas del rey ático Leo, en el Cerámico.

demás griegos,²¹ como que los reyes de los lacedemonios no echan cada uno un voto, sino dos, y que tienen una «compañía de Pitana»,²² que no existió jamás. Tan carente de molestias es para los más la búsqueda de la verdad y con tanta preferencia se vuelven hacia lo primero que se presenta.

21. Sin embargo, no se equivocaría el que creyese que las cosas que conté, a juzgar por las pruebas citadas, eran así poco más o menos, y no diese fe más bien a lo que han cantado acerca de ellas los poetas, adornándolas para engrandecerlas, ni a lo que los logógrafos escribieron, tendiendo más a lo agradable de oír²³ que a la verdad; cosas sin pruebas y las más llevadas al terreno de la fábula de una forma increíble por el mucho tiempo que hace que sucedieron; ni se equivocaría pensando que han sido descubiertas por mí, a partir de los indicios más claros, de una manera satisfactoria para ser antiguas. Y esta guerra, aunque los hombres mientras luchan creen siempre que la presente es la mayor, y cuando dejan de hacerlo admiran más las antiguas, si se la considera a partir de los hechos mismos, mostrará, a pesar de todo, que fue mayor que aquéllas.

22. En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban ya en ella, resultaba difícil recordar la literalidad de lo que se dijo, tanto a mí mismo de lo que oí, como a los que me lo comunicaron tomándolo de alguna otra fuente; en mi obra están redactados del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema respectivo, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno. Para una lectura pública, la falta de color mítico de esta historia parecerá un tanto desagradable; pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de la de las cosas que alguna otra vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los sucesos humanos, la juzguen útil. Pues es una adquisición para siempre y no una obra de curso que se destina a un instante.

21. Alusión a Heródoto, cf. VI, 57 y IX, 53.

22. Ciudad de Laconia.

23. Se refiere a lecturas públicas en las fiestas.

23. De las guerras anteriores las más importantes fueron las médicas, y, sin embargo, tuvieron una solución rápida en dos batallas navales y dos terrestres. La duración de esta guerra, en cambio, fue de mucho tiempo, y aconteció que en ella Grecia sufrió desastres mayores que otros cualesquiera acaecidos en igual espacio de tiempo; pues nunca habían sido tomadas y dejadas sin habitantes tantas ciudades, unas por los bárbaros, otras por los mismos griegos luchando unos contra otros (hay algunas incluso que al ser tomadas cambiaron de habitantes), ni había habido tantos destierros y muertes, unas en la guerra y las otras por las luchas civiles. Y cosas que antes contaba la tradición, pero que raramente eran confirmadas por los hechos, resultaron verosímiles; así en lo relativo a los terremotos, que afectaron a un territorio muy extenso y fueron al mismo tiempo muy violentos; eclipses de sol, que sucedieron con más frecuencia de lo que se recordaba de los tiempos pasados; y grandes sequías en algunos pueblos, y hambres procedentes de ellas, y la peste, que no fue la que menos daño hizo y aniquiló a una parte de la población; estas cosas todas se lanzaron contra Grecia acompañando a esta guerra. La iniciaron los atenienses y los peloponesios al rescindir el tratado de paz por treinta años que concertaron después de la toma de Eubea.²⁴ Las causas y las divergencias por las cuales lo rescindieron, las doy antes de empezar, para que nadie tenga que investigar un día por qué tuvo lugar entre los griegos una guerra tan grande. Creo, a saber, de acuerdo con la causa más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar; mientras que las explicaciones que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía, pretendiendo que por ellas había quebrantado el tratado y entrado en guerra.

24. Epidamno es una ciudad que está a la derecha según se entra en el mar Adriático; son sus vecinos los taulantios, un pueblo ilirio. La fundaron los corcirenses, pero el fundador fue Falio, hijo de Eratóclides, corintio, de los descendientes de Heracles, que fue traído de la metrópoli, según la costumbre antigua.²⁵ La poblaron también algunos corintios y dorios en general. Andando el tiempo, Epidamno se hizo muy fuerte y populosa; pero después de muchos años, según se dice, de discordias in-

24. 455 a. C.

25. Cuando una colonia fundaba a su vez otra, traía como «fundador» (se le solían tributar luego honores heroicos) a un miembro de la aristocracia de la metrópoli, que es lo que quiere decir «de los descendientes de Heracles».

ternas, fue destrozada a consecuencia de una guerra contra los bárbaros vecinos, y perdió la mayor parte de su poderío. Y últimamente, antes de esta guerra, el partido popular expulsó a los aristócratas, que pasando al ataque con ayuda de los bárbaros hacían rapiñas por mar y tierra a costa de los de la ciudad. Éstos, cuando se vieron en situación difícil, enviaron embajadores a Corcira, su metrópoli, pidiendo que no contemplaran con indiferencia su ruina, sino que reconciasen con ellos a los desterrados y acabaran con la guerra que promovían los bárbaros. Esto es lo que pidieron sentándose en el templo de Hera como suplicantes. Pero los corcirenses no admitieron la súplica, sino que los despidieron sin que consiguieran nada.

25. Dándose cuenta los de Epidamno de que no podían esperar ninguna ayuda de Corcira, no hallaban medio de solucionar su situación, y, enviando mensajeros a Delfos, preguntaron al dios si debían entregar la ciudad a los corintios, considerándolos fundadores, e intentar lograr de ellos alguna ayuda. Aquél les contestó que la entregaran y que les dieran la hegemonía. Los de Epidamno, así pues, fueron a Corinto y, de acuerdo con el oráculo, entregaron la colonia a los corintios, mostrándoles que su fundador era de Corinto y dándoles a conocer la respuesta del oráculo; y les pidieron que no les dejaran perecer indiferentes, sino que les ayudasen. Los corintios se comprometieron a la ayuda, en parte por ser cosa justa, pues consideraban que la colonia era tan suya como de los corcirenses, y además por odio contra estos últimos, porque aunque eran colonia suya no les tenían consideración, pues ni en las fiestas comunes²⁶ les concedían los privilegios acostumbrados, ni daban las primicias de los sacrificios a un corintio,²⁷ como las otras colonias, sino que los despreciaban, y eran tan ricos en aquel tiempo como los más ricos de los griegos y por su preparación guerrera incluso más poderosos, y además a veces se jactaban de ser muy superiores en lo relativo a la marina, a semejanza de los feacios, fumosos por sus naves, los cuales habían habitado antes Corcira;²⁸ razón por la cual se cuidaban más de incrementar su escuadra, y eran poderosos por mar, pues poseían ciento veinte trirremes cuando comenzaron la guerra.

26. Fiestas de Corinto a las que podían asistir los habitantes de las colonias. Los privilegios son el envío a la metrópoli de delegados, víctimas, etc.

27. El pelo de la víctima que se cortaba y echaba al fuego antes de empezar el sacrificio para hacerlo legal. Debía hacer el acto ritual un ciudadano de la metrópoli.

28. Según una tradición que no se justifica suficientemente por Homero.

26. Los corintios, pues, que estaban quejosos por todas estas cosas, enviaron con gusto su ayuda a Epidamno, disponiendo que fuera allí a quedarse como habitante todo el que así lo quisiese, y enviando una guarnición de ampraciotas, leucadios y corintios. Marcharon a pie hasta Apolonia, que era colonia de los corintios, por miedo a los corcirenses, no fueran a ser estorbados por ellos si hacían el viaje por mar. Pero los corcirenses, cuando se enteraron de que los colonos y la guarnición se dirigían a Epidamno, y de que su colonia se había entregado a los corintios, se indignaron, y haciéndose al punto a la mar con veinticinco naves, y luego con otra escuadra, ordenaron con malas palabras a los de Epidamno que dejaran entrar a los desterrados —pues los desterrados de Epidamno habían ido a Corcira alegando el recuerdo de los sepulcros de sus antepasados²⁹ y el parentesco que les unía, cosas que hicieron valer para que les restituyeran a su ciudad—, y que despidieran la guarnición y los colonos que les mandaron los corintios. Los de Epidamno no les hicieron caso, y los corcirenses avanzaron contra ellos con cuarenta naves y con los desterrados, con intención de restituirles a su ciudad. Acamparon junto a la misma, y proclamaron que aquellos de los de Epidamno que así lo quisiesen, y con ellos los extranjeros, podían salir sin sufrir daños: y que si no lo hacían, los tratarían como enemigos. Como no obedecieron los corcirenses pusieron sitio a la ciudad, que está situada en un istmo.

27. En tanto, los corintios, al llegar de Epidamno mensajeros diciendo que estaban sitiados, prepararon una expedición y, simultáneamente, anunciaron públicamente el envío de una colonia a Epidamno bajo estas condiciones: que fuera el que quisiera, disfrutando todos de igual condición jurídica; y que si alguno no quería ir inmediatamente, pero deseaba ser miembro de la colonia, que se quedara dando como caución cincuenta dracmas corintias.³⁰ Fueron muy numerosos tanto los que se embarcaron como los que depositaron el dinero. Pidieron además a los megarenses que les escoltaran con algunas naves, por si los corcirenses les impedían navegar; y aquéllos se dispusieron a escoltarlos con ocho naves, y los cefalenos de Pala, con cuatro. También se las pidieron a los epidauros, que dieron cinco; los de Hermiona dieron una; los de Trozene, dos; los leucadios, diez; y los ampraciotas, ocho. Además pidieron dinero a los tebanos y a los de Fliunte, y naves sin tripulación y dinero, a los eleos; y

29. Esto es, de los fundadores de Epidamno, que estaban en la ciudad y testimoniaban el parentesco alegado.

30. Aproximadamente, tres dracmas corintias equivalían a dos áticas.

los propios corintios, por su parte, equiparon treinta naves y tres mil hoplitas.

28. Mas en cuanto los corcirenses se enteraron de los preparativos, fueron a Corinto en unión de embajadores lacedemonios y sicionios, que tomaron como acompañantes, y exigieron que los corintios retiraran la guarnición y los colonos que tenían en Epidamno, porque no poseían ningún derecho sobre la ciudad. Y si presentaban alguna reclamación en contra, se manifestaban dispuestos a someterse a un arbitraje en el Peloponneso ante las ciudades que convinieran ambas partes, y a que quedaran por dueños de la colonia aquellos de quienes se sentenciara que era; también estaban dispuestos a someter el asunto al oráculo de Delfos. Mas no consentían que los atacaran; y afirmaban que, si no hacían caso, ellos mismos se verían obligados, al acudir a la violencia los corintios, a buscarse por propio interés amigos que no deseaban, distintos de los actuales. Los corintios les respondieron que deliberarían si ellos retiraban de Epidamno las naves y los bárbaros; pero que no estaba bien que hasta tanto los de Epidamno sufrieran un asedio mientras ellos se sometían a arbitraje. Respondieron los corcirenses que obrarían de este modo si también ellos retiraban a los suyos de Epidamno, y que también estaban dispuestos a que unos y otros permanecieran donde estaban; pero que hubiera tregua mientras tenía lugar el arbitraje.

29. Sin embargo, los corintios no hicieron caso de nada de esto, sino que una vez que tuvieron a su gente embarcada y que se presentaron los aliados, enviaron por delante un heraldo para que declarara primero la guerra a los corcirenses, se hicieron a la mar con setenta y cinco naves y dos mil hoplitas,³¹ y se dirigieron a Epidamno para luchar con los corcirenses; eran jefes de la escuadra, Aristeo, hijo de Pélico; Calícrates, hijo de Calias, y Timánor, hijo de Timantes; y de la infantería, Arquetimo, hijo de Euritimo, e Isárquidas, hijo de Isarco. Cuando se hallaban en Action, promontorio del territorio de Anactorion, donde está el templo de Apolo, a la entrada del golfo de Ampracia, los corcirenses les enviaron en una lancha un heraldo para que les conminase a no ir contra ellos, y al tiempo, después de poner baos nuevos a las naves viejas para dejarlas en estado de navegar, y de reparar las otras, comenzaron a embarcarse. Y una vez que el heraldo no les trajo ninguna palabra de paz de parte de los corintios, y

31. Antes se contaron 68 naves; pero se atribuían a los eleos algunas en número indeterminado. En cambio, el número de 2.000 hoplitas es incompatible con los 3.000 del cap. 29, y allí o aquí debe de haber una corrupción del texto.

que sus naves, que eran ochenta (pues había cuarenta y tres bloqueando Epidamno) tuvieron la tripulación completa, se hicieron a la mar, dispusieron las naves en línea de combate y trabaron batalla; y vencieron completamente los corcirenses, echando a pique quince naves corintias. En el mismo día sucedió que sus tropas que sitiaban Epidamno lograron la capitulación mediante un acuerdo consistente en que los de la ciudad guardaran prisioneros a los corintios hasta que se decidiera alguna otra cosa, y entregaran a los demás extranjeros.³²

30. Acabada la batalla, los corcirenses levantaron un trofeo en Leucimna, promontorio de Corcira, y mataron a los prisioneros que hicieron, excepto los corintios, que guardaron en prisión. En adelante, una vez que los corintios y sus aliados se retiraron derrotados con la escuadra hacia su patria, los corcirenses quedaron por dueños de todo aquel mar, y haciendo una incursión contra Léucade, la colonia corintia, devastaron una parte del territorio e incendiaron Cilena, el puerto de los eleos, porque habían proporcionado a los corintios naves y dinero. Y durante la mayor parte del período que siguió a la batalla dominaban el mar y con sus incursiones causaban daños a los aliados de los corintios, hasta que éstos, ya avanzado el verano, viendo que sus aliados sufrían pérdidas, enviaron una escuadra y un ejército y acamparon en Action, junto a Quimerion, promontorio de Tesprotia, para servir de protección a Léucade y a las demás ciudades amigas. A su vez, los corcirenses acamparon en Leucimna con su infantería y estacionaron allí su escuadra. Y no se atacaron los unos a los otros, sino que permanecieron frente a frente, y ya en el invierno cada bando se retiró hacia su patria.

31. Durante todo el año que sucedió a la batalla y el siguiente, los corintios, llevando con indignación su guerra contra los corcirenses, se dedicaron a construir naves y a equipar una escuadra con el mayor entusiasmo, reuniendo remeros del mismo Peloponeso y atrayéndoselos con buenas soldadas del resto de Grecia. Al enterarse los corcirenses de sus preparativos, se atemorizaron y decidieron ir a Atenas, y, haciéndose aliados de los atenienses, intentar lograr de ellos alguna ayuda, pues no tenían tratado alguno con ninguna ciudad griega y no se habían sumado a la alianza encabezada por Atenas ni a la de Esparta. Los corintios, al enterarse, fueron también ellos a Atenas para negociar, a fin de que la escuadra de los atenienses, agregándose a la de los corcirenses, no les impidiera poner fin a la guerra según sus deseos. Se reunió la Asamblea Popular y

32. Los leucadios y ampraciotas del cap. 26.

las dos embajadas se expresaron en sentidos opuestos. Los corcirenses hablaron así:

32. «Es justo, ¡oh atenienses!, que los que sin que se les deba un beneficio grande vienen a otro, como lo hacemos nosotros ahora, a pedir alianza, hagan ver primero, a ser posible, que piden una cosa útil, y si no, al menos no perjudicial, y además que guardarán una gratitud inalterable; y si no llegan a poner en claro nada de ello, es justo que, si no tienen éxito, no lo tomen a mal. Es así como los corcirenses nos han enviado, creyendo que, junto con la petición de alianza, os podemos ofrecer con garantía las cosas citadas. Nuestra política, sin embargo, ha sido no sólo inconciliable a vuestro juicio con nuestra actual petición, sino también perjudicial para nuestros propios intereses de hoy en día. Pues hasta hoy por voluntad propia no nos hemos aliado con nadie, y ahora venimos a pedir precisamente esto, y además estamos solos por igual razón en nuestra guerra actual con los corintios. Y ha cambiado nuestra apreciación de la que antes se llamaba prudencia nuestra —el no correr peligro en la alianza con extraños por la manera de pensar de otro—, y que ahora resulta ser imprevisión y debilidad. Efectivamente, en la batalla naval que ha tenido lugar rechazamos solos a los corintios; pero una vez que se han lanzado contra nosotros con mayores medios, obtenidos del Peloponeso y del resto de Grecia, y que vemos que somos incapaces de triunfar sólo con nuestras propias fuerzas, y que además es grande el peligro si quedamos bajo su poder, no tenemos más remedio que pedirlos socorro a vosotros y a cualquier otro, y se nos debe perdonar si, no de resultas de una conducta indigna, sino de reconocer un error, emprendemos algo contrario a nuestra anterior despreocupación.

33. Si escucháis nuestras palabras, nuestra petición será para vosotros una buena oportunidad en muchos respectos: lo primero porque socorreréis a una ciudad atacada injustamente y que no hace mal a otros; después porque, acogiendo a quienes corren un peligro gravísimo, será la mejor forma de procuraros su agradecimiento con una acción que sea un testimonio de eterna recordación; y, finalmente, porque tenemos una escuadra mayor que todas, a excepción de la vuestra. Y considerad qué éxito es más excepcional y más desconsolador para el enemigo que el que la potencia cuya alianza hubierais valorado en mucho dinero y gratitud se presente espontáneamente, entregándose a sí misma sin peligro ni gasto, y además procurándoos fama de magnanimidad ante la multitud, el agradecimiento de los que vais a socorrer, y un mayor poderío militar; cosas que todas a un tiempo a pocos se les han ofrecido en toda la Historia, así como

son pocos los que al pedir una alianza se presentan dando a los que piden ayuda no menos seguridad y fama de la que ellos han de recibir. Y si alguno de vosotros cree que no tendrá lugar la guerra, en la que os podríamos ser útiles, se equivoca y no se da cuenta de que los lacedemonios están deseosos de guerra por el miedo que os tienen, y de que los corintios, que poseen gran influencia junto a ellos y os son hostiles, intentan conquistarnos previamente con vistas a emprender el ataque contra vosotros, para que no estemos juntos contra ellos por nuestro odio común y no falle de antemano una de estas dos cosas: o hacernos daño o fortalecerse ellos mismos. Nuestro papel es, por tanto, estar vigilantes, ofreciéndoos nosotros la alianza y aceptándola vosotros, y tramar asechanzas contra ellos los primeros en vez de contestar a las suyas.

34. Por otra parte, si los corintios dicen que no es justo que aceptéis como aliada a una colonia suya, que se enteren de que toda colonia, cuando es bien tratada, honra a su metrópoli, y cuando es ultrajada, cambia de conducta; pues los colonos son enviados no para ser esclavos de los que se quedan, sino sus iguales. Y que nos ultrajaron, es claro: cuando les invitamos a un arbitraje acerca de Epidamno, quisieron satisfacer sus reclamaciones por la guerra y no por la justicia. Sea para vosotros una señal lo que hacen con nosotros, sus parientes, para que no os dejéis engañar por ellos, y cuando os lo pidan no les ayudéis en forma alguna; pues el que tenga menos remordimientos de haber sido complaciente con sus enemigos, es el que más seguro pasará la vida.

35. Ni siquiera quebrantaréis el tratado con los espartanos si nos aceptáis como aliados, ya que nosotros no lo somos de ninguno de los dos bandos. Pues en él se dice que será permitido que las ciudades griegas que no sean miembros de ninguna alianza se agreguen a quienes quieran. Y sería monstruoso que los corintios pudieran tomar tripulación para sus naves de los que están aliados con ellos y además del resto de Grecia, y sobre todo de vuestras ciudades vasallas, y que a nosotros no nos dejaran obtener recursos de la alianza en que ellos están incluidos, ni de la ayuda procedente de ninguna otra parte; asimismo lo sería que si os dejáis convencer por lo que pedimos, lo consideraran un agravio: mucho mayor es la queja que tendremos contra vosotros si no os convencemos, pues en ese caso nos rechazaréis aunque corremos peligro y no os somos hostiles, y no sólo no seréis obstáculo para los corintios que lo son para vosotros y nos atacan, sino que dejaréis que tomen fuerzas de vuestro imperio; y no debéis dejarles que lo hagan, sino o impedir que vayan con ellos los mercenarios procedentes del territorio de vuestra soberanía, o enviarnos tam-

bién a nosotros una ayuda en la medida en que os convenzamos, con preferencia a todo la de socorrernos aceptándonos públicamente como aliados. Son muchas, como dijimos al comienzo, las ventajas que os hacemos ver, y la mayor, que nuestros enemigos son los mismos —lo que es la mayor garantía de fidelidad—, y no débiles, sino capaces de causarnos daños si estamos solos. Es más: cuando se os ofrece una alianza con un poder marítimo y no terrestre, la enajenación de tal aliado no os puede ser indiferente, sino que debéis, o bien, y es lo mejor, no dejar que ningún otro tenga naves de guerra, si podéis, o, si no, tener como amigos a los más fuertes en este aspecto.

36. Y el que crea que esto es conveniente, pero tema romper la tregua a causa de ello al dejarse convencer, sepa que su miedo, al estar acompañado de fuerza, ha de aterrorizar más a sus enemigos, y que su confianza si no acepta la alianza, al ir acompañada de debilidad, va a estar menos libre de temor ante unos rivales poderosos; y además, que no está ahora deliberando tanto acerca de Corcira como de Atenas, y que no toma en su favor las mejores precauciones cuando cuidándose sólo del presente vacila en asegurarse para la guerra que va a venir y que casi está ya presente, un país que como amigo y como enemigo tiene importancia decisiva. Pues está situado muy oportunamente para la navegación costera a Sicilia e Italia, a propósito para no dejar que una escuadra venga de allí en ayuda de los peloponesios, y para escoltar flotas de aquí a allá, y por lo demás presenta muchas ventajas. Haciendo un breve resumen, considerando el asunto en conjunto y en detalle, la razón que sigue es suficiente para que os persuadáis a no abandonarnos: los griegos tienen tres escuadras de importancia, la nuestra, la vuestra y la corintia; si dejáis que de ellas se junten dos cuando los corintios nos conquisten adelantándosenos, lucharéis por mar al tiempo con los corcirenses y con los peloponesios; mientras que si nos recibís en alianza podréis luchar contra ellos con nuestras naves a más de las vuestras».

De este modo hablaron los corcirenses; y los corintios a continuación, de este otro:

37. «Ya que los corcirenses aquí presentes han hablado no sólo de que debéis aceptarles como aliados, sino de que les hacemos agravio y son atacados sin motivo, es forzoso que antes de pasar adelante tratemos de ambos puntos, para que de antemano consideréis con más seguridad de juicio nuestra reclamación y rechacéis fundadamente su petición.

Dicen que por prudencia jamás han aceptado la alianza de nadie; pero esta política la siguieron para obrar como malvados y no para salvaguar-

dar su buena conducta, pues no querían tener ningún aliado testigo de sus crímenes ni avergonzarse al reclamar su ayuda; y, además, su ciudad, situada en un lugar que se defiende por sí solo, les hace jueces de los daños que causan en vez de proceder de acuerdo con unos tratados, pues apenas mandan sus barcos a los puertos de sus vecinos y en cambio reciben en el suyo con frecuencia a los otros, que entran por necesidad. Y esa hermosa falta de alianzas no la ponen por delante para no atacar injustamente a otros con una coalición, sino para atacarles ellos, solos y para ejercer violencia allí donde tienen fuerza, obtener ventajas fraudulentas donde escapan a la atención pública, y no tener que avergonzarse si se anticipan a otro en apoderarse de algo; y, sin embargo, si fueran hombres honrados, como dicen, cuanto más inconquistables fueran para los demás, tanto más claramente deberían mostrar su buena condición ofreciendo y aceptando estipulaciones justas.

38. Mas, en verdad, no observan esta manera de proceder ni con los demás ni con nosotros, sino que, siendo nuestros colonos, han estado siempre alejados de nosotros, y ahora nos hacen la guerra diciendo que no les enviamos para sufrir malos tratos. Nosotros por nuestra parte afirmamos que no les establecimos en colonia para que nos ultrajaran, sino para tener la hegemonía sobre ellos y ser tratados con el respeto conveniente. Pues las demás colonias nos honran, y son nuestros colonos los que más nos quieren; es claro, pues, que si somos gratos a los más, no es lógico que a éstos solos no lo seamos, y que no organizamos contra ellos una expedición insólita sin que nos hayan agraviado en forma también poco común. Y aunque estuviéramos en un error, sería honroso para ellos ceder ante nuestra cólera, y para nosotros reproable usar de la fuerza contra su moderación; mas al contrario, por la insolencia y libertad que les da su riqueza han cometido contra nosotros muchas otras faltas, y ahora, después que no se anexionaron Epidamno, que es nuestra, cuando atravesaba dificultades, la conquistan y retienen por la fuerza cuando vamos nosotros a ayudarla.

39. Dicen también que quisieron primero someterse al arbitraje; mas es justo que no sea escuchado el que lo reclama cuando tiene la ventaja y encontrándose seguro, sino el que procede justamente, tanto en los hechos como en las palabras, antes de emprender la lucha. Éstos, en cambio, no hicieron su especiosa oferta de arbitraje antes de sitiar la ciudad, sino cuando se dieron cuenta de que nosotros no se lo íbamos a consentir; y aquí han venido, no sólo culpables de su conducta de allí, sino pretendiendo que vosotros, no decimos ya que os aliéis con ellos, sino que seáis sus cómplices y que les admitáis en vuestra alianza una vez que están reñidos

con nosotros; ellos, que debían haber venido cuando en mayor seguridad estaban y no cuando nosotros estamos agraviados y ellos corren peligro, ni cuando vosotros, que no obtuvisteis provecho de su fuerza, les habéis de socorrer y habiendo estado apartados de sus faltas vais a ser culpables ante nosotros igual que ellos, sino que debían haber asociado hace tiempo sus fuerzas con las vuestras y así ahora tener iguales éxitos o fracasos.

40. Que venimos con acusaciones pertinentes y que los corcirenses son violentos y ambiciosos, ha quedado claro; de que no obraríais con justicia aceptando su alianza, os enteraréis. Pues si se dice en el documento de la tregua que las ciudades no inscritas allí se alíen con quien quieran, no se refiere el pacto a las que se alíen para dañar a otras, sino al que necesite seguridad sin privar a nadie de su amistad y al que no traiga la guerra en vez de la paz a los que le acepten por aliado, mientras sean prudentes: cosa que ahora os ocurriría si no nos escucharais; pues no sólo os convertiríais en auxiliares de los corcirenses, sino también en enemigos nuestros, en vez de disfrutar de un tratado de paz. Porque es forzoso que si vais con ellos nos defendamos de los corcirenses sin excluirs a vosotros. Y sin embargo es lo justo que, a ser posible, no os suméis a ninguno de los dos bandos, y si no, que por el contrario os unáis con nosotros contra ellos —pues tenéis concertada una paz con los corintios, mientras que con los corcirenses jamás tuvisteis ni una corta suspensión de hostilidades en guerra—; y, asimismo, que no implantéis la costumbre de acoger como aliados a los que desertan de otro; pues nosotros tampoco votamos en contra vuestra cuando desertaron los samios de vuestra alianza,³³ estando el resto de los peloponesios dividido sobre si debían ayudarles, sino que públicamente sostuvimos que cada ciudad tenía derecho a castigar a sus aliados cuando faltaran a su deber. Porque si os aliáis con los malvados y les ayudáis, aparecerán aliados vuestros no inferiores en número que se pasarán a nosotros, y resultará que habéis implantado la costumbre en perjuicio vuestro más que en el nuestro.

41. Éstas son las pretensiones que tenemos respecto a vosotros, válidas de por sí según las costumbres griegas, y además os traemos la siguiente exhortación y petición de una conducta agradecida, que, sin seros tan hostiles que busquemos vuestro daño, ni tan amigos como para tener relaciones cordiales, afirmamos que debe sernos dispensada ahora en correspondencia. Cuando ha tiempo teníais pocas naves de guerra para luchar contra los eginetas, aceptasteis veinte de los corintios; y este favor y

33. 440 a. C. Cf. I, 115.

el relativo a los samios, el que por nosotros no les ayudaran los pelopone-sios, os valió la victoria sobre los eginetas y el castigo de los samios; y tuvieron lugar ambos hechos en ocasiones tales en las que los hombres, volviéndose contra sus rivales, más se despreocupan de todo lo que no sea la victoria; pues consideran amigo al que les ayuda aunque antes les haya sido hostil, y enemigo al que les hace frente aunque sea amigo, ya que hasta los intereses propios los sirven peor a causa del deseo de la victoria que entonces sienten.

42. Considerad estas cosas, enteraos los jóvenes de ellas por los viejos, y resolveos a ayudarnos de igual modo que os ayudamos; y no penséis que proponemos una cosa justa, pero que la conveniente, si llegáis a entrar en guerra, es otra. Porque la conveniencia se añade casi siempre a la resolución en que menos errores se cometen, y la inminencia de la guerra, con la cual los corcirenses os atemorizan y os incitan a obrar mal, aún es incierta; y no es admisible que incitados por ella os busquéis una enemistad descubierta ya y no futura con los corintios, sino que es más prudente hacer desaparecer alguna parte de la desconfianza existente desde antes a causa de los megarenses³⁴ —pues un favor más reciente, al llegar con oportunidad, puede hacer perdonar una ofensa mayor aunque sea más pequeño— y no dejarse arrastrar porque ofrezcan una gran alianza naval; pues el no agraviar a los que son iguales que uno es mayor garantía que el satisfacer la ambición en medio de peligros, incitados por lo que se ofrece a la vista momentáneamente.

43. Nosotros, pues, hemos venido a caer dentro de la regla que sentamos en Esparta, que cada uno castigue a sus aliados, y ahora pretendemos lograr esto mismo de vosotros y que no nos perjudiquéis con vuestra resolución después de haberos beneficiado con la nuestra. Pagadnos en igual moneda y daos cuenta de que ésta es la ocasión en que más amigo es el que ayuda y más enemigo el que se pone en contra. Y a los corcirenses aquí presentes no les admitáis como aliados sin escucharnos, ni les ayudéis en su injusto proceder. Si obráis así, cumpliréis con vuestro deber y resolveréis lo más ventajoso para vosotros mismos».

44. Así hablaron los corintios. Los atenienses, una vez que oyeron a ambos bandos, en la primera Asamblea de las dos que celebraron atendieron a las razones de los corintios no menos que a las de los corcirenses; mas en la última resolvieron, cambiando de opinión, no establecer con los

34. Se refiere a la prohibición de traficar en los mercados áticos, hecha a los megarenses el año 432. Cf. I, 139.

corcirenses una alianza que estipulara los mismos amigos y enemigos —porque si los corcirenses les exigían atacar con ellos Corinto por mar, quedaría roto su tratado de paz con los peloponesios—, pero concertaron con los corcirenses una alianza defensiva para proteger sus territorios en el caso de que alguien atacara Corcira o Atenas o a los aliados de estas ciudades; pues se pensaba que la guerra contra los peloponesios había de tener lugar de todos modos, y querían no abandonar a los corintios Corcira con su gran escuadra, sino dejarles chocar unos contra otros lo más posible, para, si hacía falta, entrar en guerra una vez debilitados los corintios y los demás que poseían escuadra. Y además pensaban que la isla estaba situada muy oportunamente en la ruta costera de Italia y Sicilia.

45. Por estas razones aceptaron como aliados los atenienses a los corcirenses, y poco después, al marcharse los corintios, les enviaron diez naves como ayuda; las mandaban Lacedemonio, hijo de Cimón, Diótimo, hijo de Estrómbico, y Proteas, hijo de Epicles. Les ordenaron no luchar contra los corintios, a no ser que navegaran hacia Corcira o alguna posesión suya y fueran a desembarcar; y que en ese caso se lo impidieran con todas sus fuerzas. Les dieron estas órdenes para no quebrantar la paz. Y llegaron a Corcira las naves áticas.

46. También los corintios, por su parte, una vez que tuvieron hechos sus preparativos, navegaron hacia Corcira con ciento cincuenta naves. Eran diez de los eleos, doce de los megarenses, diez de los leucadios, veintisiete de los ampraciotas, una de los anactorienses, y noventa de los propios corintios. Cada ciudad tenía sus jefes, y los de los corintios eran Jenóclides y otros cuatro. Y una vez que viniendo de Léucade llegaron a la costa continental que está enfrente de Corcira, anclaron en Quimerion, en Tesprotia. Se trata de un puerto encima del cual hay una ciudad llamada Efire, situada lejos del mar, en la región del puerto de Elea,³⁵ en Tesprotia. Cerca de ella desemboca en el mar la laguna Aquerusia; el río Aqueronte, que corre a través de Tesprotia, desemboca en ella y le da nombre; también corre allí el río Tiamis, que limita Tesprotia y Cestrina, y entre uno y otro río se eleva el cabo Quimerion. En aquel punto del continente anclaron, pues, los corintios y acamparon.

47. Los corcirenses, por su parte, cuando se enteraron de que venían, embarcaron su gente en ciento diez naves, que mandaban Milcíades, Esímides y Euríباتο, y acamparon en una de las islas que llaman Sibotas; las diez naves áticas estaban con ellos. Su infantería se hallaba en el promon-

35. Ἐλαΐα, no confundirlo con Ἡλεΐα en el Peloponeso.

torio de Leucimna, con mil hoplitas de los zacintios que habían ido en su ayuda. También los corintios tenían en el continente muchos auxiliares bárbaros, pues las gentes de esta parte del continente son amigas suyas desde siempre.

48. Una vez que los corintios tuvieron hechos sus preparativos, tomaron víveres para tres días y se hicieron a la mar de noche desde Quimerion, con intención de librar batalla, y al amanecer divisaron las naves de los corcirenses, que estaban en alta mar y navegaban contra ellos. Cuando se vieron los unos a los otros, se alinearon frente a frente: junto al extremo derecho de los corcirenses, las naves áticas, y el resto de la línea lo ocupaban ellos mismos con las naves distribuidas en tres divisiones, cada una de las cuales mandaba uno de los tres almirantes. Así se alinearon los corcirenses. En la escuadra corintia, por otro lado, los megarenses y ampraciotas ocupaban el extremo derecho; en el centro estaban los otros aliados, separados unos de otros, y el ala izquierda la ocupaban los mismos corintios con las mejores naves, haciendo frente a los atenienses y al ala derecha de los corcirenses.

49. Una vez que unos y otros levantaron las banderas de señales, trabaron batalla y comenzaron la lucha; llevaban las dos escuadras muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de dardos en los puentes, pues aún estaban equipados con cierta impericia,³⁶ a la manera antigua. Era violenta la batalla, aunque no tanto por la táctica empleada, y más bien se asemejaba a una lucha terrestre; pues cuando hacían chocar los barcos unos contra otros, se separaban con dificultad debido al gran número y desorden de las naves, y a que confiaban más para la victoria en los hoplitas de los puentes, que entraban en lucha cuando las naves quedaban quietas; y no había roturas de línea,³⁷ sino que luchaban con valor y fuerza más que con pericia. Por todas partes había un gran tumulto, y la batalla naval era desordenada; en ella, las naves áticas se acercaban a las corcirenses cuando estaban en apuro en algún lugar, y atemorizaban a los contrarios; pero no comenzaban la lucha, pues los almirantes respetaban las órdenes de los atenienses. El extremo derecho de los corintios era el que estaba en mayor dificultad, pues los corcirenses, con veinte naves, los pusieron en fuga, y persiguiéndolos ya dispersos llegaron a tierra firme y a su campamento, y desembarcando quemaron sus tiendas abandonadas y se apoderaron del

36. Con el tiempo disminuyó el número de soldados de infantería a bordo.

37. La operación consiste en pasar por entre los barcos enemigos, causando daños en los remos y remeros.

botín. En este lado, pues, eran vencidos los corintios y sus aliados, y los corcirenses triunfaban; pero allí donde estaban los propios corintios, en el ala izquierda, triunfaban con gran diferencia, pues a los corcirenses a causa de la persecución les faltaban veinte naves, de un número ya inferior. Mas los atenienses, al ver apurados a los corcirenses, comenzaron a ayudarles más decididamente ya, primero absteniéndose de embestir con sus naves a otras; pero cuando claramente sobrevenía la fuga y los corintios atacaban, entonces todos se pusieron en acción y nada quedó ya exceptuado, sino que se hizo inevitable que los corintios y los atenienses se atacaran recíprocamente.

50. Cuando la fuga tuvo lugar, los corintios no remolcaron con maromas los cascos de las naves que habían inutilizado, sino que pasando entre ellas se volvieron contra las tripulaciones, más para matar enemigos que para hacer prisioneros, y mataban sin darse cuenta a sus aliados, al no saber que los del ala derecha habían sido vencidos; pues como había muchas naves de ambas partes y ocupaban una gran extensión de mar, no podían conocer con facilidad, una vez que trabaron batalla, quiénes vencían y quiénes eran vencidos,³⁸ ya que fue ésta la batalla de griegos contra griegos que superó a todas las anteriores por el número de naves que tomaron parte. Una vez, pues, que los corintios persiguieron a los corcirenses hasta tierra, volvieron la atención a sus barcos inutilizados y a sus muertos, y pudieron hacerse con los más y llevarlos a Sibota, donde había acudido como auxiliar el ejército terrestre de los bárbaros; Sibota es un puerto desierto de Tesprotia. Una vez que hicieron esto, se reunieron de nuevo y bogaron en dirección a los corcirenses. Éstos se dirigieron a su vez hacia ellos con las naves que estaban en condiciones de navegar y las que les quedaban,³⁹ en unión de las naves áticas, temiendo que intentaran desembarcar en su isla. Era ya tarde y habían cantado el peán como para lanzarse al ataque, cuando los corintios, de repente, comenzaron a remar hacia atrás al ver que se acercaban veinte naves de los atenienses, que éstos habían enviado como refuerzo después de las diez, temiendo que, como ocurrió, los corcirenses fueran vencidos y sus diez naves fueran pocas para ayudarles.

51. Al ver, pues, los corintios los primeros dichas naves y conjeturar que venían de Atenas, y no el número que veían, sino más, se retiraron.

38. Algunos han entendido que al mezclarse su fuga con la de los corcirenses no los distinguían; pero parece haber una corrupción del texto.

39. Que no habían intervenido en la batalla.

Los corcirenses, por el contrario, no las divisaban, pues venían de una dirección que no podían ver, y se extrañaban de que los corintios remaran hacia atrás, hasta que algunos las vieron y dijeron que venían de allí unas naves. Entonces se retiraron ellos también (pues oscurecía ya), y los corintios dieron media vuelta y perdieron el contacto. Así se separaron unos de otros, y la batalla naval acabó al llegar la noche. Y cuando los corcirenses estaban estacionados en Leucimna, estas veinte naves de Atenas, que mandaban Glaucón, hijo de Leagro, y Andócides hijo de Leógoras,⁴⁰ pasando a través de las naves destrozadas y los cadáveres, llegaron al campamento poco después de ser divisadas. Los corcirenses temieron que fueran enemigas (pues era ya de noche), pero luego las reconocieron y anclaron.

52. Al día siguiente, las treinta naves áticas y las corcirenses que estaban en disposición de navegar se hicieron a la mar y se dirigieron hacia el puerto de Sibota,⁴¹ en el que estaban anclados los corintios, queriendo saber si estaban dispuestos a luchar. Pero éstos llevaron sus naves de tierra a alta mar y permanecieron inmóviles, con la intención de no trabar batalla voluntariamente, pues veían que se habían sumado al enemigo naves frescas venidas de Atenas, y que, en cambio, ellos sufrían muchos entorpecimientos, tanto por lo relativo a la custodia de los prisioneros como a que no había posibilidad de hacer reparaciones en un lugar desierto; su principal pensamiento era el de cómo podrían volver a Corinto, pues temían que los atenienses no les dejaran marcharse, juzgando que ya estaba roto el tratado de paz.

53. Decidieron, pues, embarcar a algunos hombres sin caduceo⁴² en una lancha y enviarlos a los atenienses para hacer una prueba. Los enviaron, y hablaron así: «Atenienses, faltáis a vuestros compromisos comenzando la guerra y quebrantando el tratado; pues nos impedís vengarnos de nuestros enemigos empuñando las armas. Si tenéis intención de impedirnos navegar contra Corcira o a cualquier otro sitio que queramos y quebrantáis el tratado, aprisionadnos a nosotros los primeros y tratadnos como enemigos».⁴³ Esto es lo que dijeron; y los del ejército de los corcirenses que lo oyeron, pidieron a gritos que al instante los cogieran y los mataran; pero los atenienses contestaron en los siguientes términos: «No

40. Sería el abuelo del orador; pero este nombre está sin duda corrompido.

41. En el continente, enfrente de las islas.

42. El caduceo es distintivo de los heraldos, que sólo se envían al enemigo; a los corintios no les convenía ahora serlo oficialmente de los atenienses.

43. Porque no estaban revestidos de la dignidad de heraldos.

comenzamos la guerra, oh peloponesios!, ni quebrantamos el tratado, sino que hemos venido a ayudar a nuestros aliados los corcirenses; así pues, si queréis navegar en alguna otra dirección, no os lo impedimos; pero si os dirigís contra Corcira o alguna de sus posesiones, no lo toleraremos, si podemos evitarlo».

54. Ante esta respuesta de los atenienses, los corintios se prepararon para la vuelta a su ciudad y levantaron un trofeo en Sibota la del continente; y los corcirenses recogieron las naves averiadas y los cadáveres que se hallaban próximos, llevados por la corriente y el viento que, soplando de noche, los había dispersado por todas partes, y levantaron a su vez un trofeo en Sibota la de la isla⁴⁴ como vencedores. Unos y otros se atribuían la victoria por estas razones: los corintios, porque fueron vencedores en la batalla hasta la noche, hasta el punto de recoger la mayor parte de sus naves averiadas y de sus muertos, y porque tenían un número de prisioneros no inferior a mil y habían hundido unas setenta naves; y los corcirenses, porque habían inutilizado unas treinta naves y recogido las naves averiadas y los muertos de la proximidad cuando llegaron los atenienses, y, además, porque el día anterior los corintios se habían retirado ante ellos remando hacia atrás al ver las naves áticas, y no salieron a su encuentro desde Sibota una vez que llegaron los atenienses; por todas estas razones levantaron un trofeo. De este modo cada bando creía ser vencedor.

55. Los corintios, en su crucero de regreso, tomaron mediante un engaño Anactorion, que está en la boca del golfo de Ampracia —era de ellos y de los corcirenses en común—, dejaron allí colonos corintios y se retiraron hacia su ciudad; y de los corcirenses prisioneros vendieron trescientos, que eran esclavos,⁴⁵ mientras que los otros doscientos cincuenta los guardaron como prisioneros con muy buen trato, para atraerse mediante ellos a Corcira una vez que se repatriaran;⁴⁶ pues resultaba que los más de ellos eran, por su influencia, los primeros de su ciudad. De este modo salió felizmente Corcira de la guerra contra los corintios, y las naves de los atenienses se retiraron de la isla. Éste fue el primer motivo que tuvieron los corintios para entrar en guerra contra los atenienses, a saber, que en medio de la tregua lucharon en batalla naval contra ellos al lado de los corcirenses.

44. Parece deducirse (aunque tal vez haya aquí una glosa) que había una ciudad Sibota en una de las islas de este nombre mencionadas en el cap. 47.

45. Utilizados como remeros.

46. Cf. la realización del plan en III, 70.